

# Set

## Revista Médico-Social

Delegación Nacional de Sanidad de F. E. T. y de las J. O. N. S.



Madrid

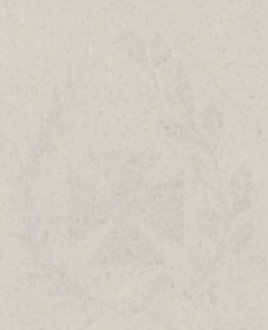
1943

NUM. ....

25

Revista Médico-Social

Delegación Nacional de Sanidad del F. I. de 1943



Madrid  
1943

MUM

# FACTORES GENÉTICOS

*en una*

## POLITICA DE POBLACION

por el

*Dr. Juan J. López Ibor*  
*Ex Catedrático de Psiquiatría.*  
*Instituto Cajal*

RESULTA ya casi un tópico pensar que el poderío de un pueblo depende de factores tan cuantitativos como el incremento de su población. Ahora mismo vemos cómo, al analizar las causas de su derrota, los franceses destacan en primer plano su escasa fecundidad. Los pueblos jóvenes, desbordantes de energía aniquilarán a los pueblos viejos, agotados, incapaces de mantener su caudal biológico, víctimas de su déficit de procreación. Pero tal simpleza explicativa resulta, en verdad, extraña en demasía. Durante la guerra de 1914 a 1918 sucedió precisamente lo contrario: cuanto más fecundo era un pueblo más vencido resultó. En primer lugar, Rusia; después, Austria; finalmente, Alemania. Y, en cambio, sobre el arnés vencedor se elevaba un pueblo, Francia, que parecía víctima de una condenación bíblica a la esterilidad.

Los hechos, pues, no deben ser tan simples. Y menos todavía la teoría para explicarlos. Ante el fracaso de la cantidad apareció remozado otro nuevo tópico, el de la calidad. Lo que determina la grandeza y la decadencia de un pueblo—se dice—es la calidad biológica de sus habitantes,

Enlázase este principio con una de las ideas más sugestivas que andan siempre rebotando por mentes humanas. Me refiero a la doctrina de la degeneración, que tiene, a no dudar, una honda analogía con aquella otra que impregna nuestra lírica de que “cualquiera tiempo pasado fué mejor”. La idea de la degeneración se ha aplicado lo mismo a los pueblos, como seres políticos, que a las razas y a las estirpes individuales. Polibio decía, ciento cincuenta años antes de Jesucristo, refiriéndose a su propio pueblo: “En mi tiempo padece toda la Hélade de falta de niños y sobre todo de hombres, por lo que las ciudades se vacían y los campos no aportan nuevos frutos, aunque no sean ininterrumpidamente visitados por las guerras ni por las epidemias. Porque los hombres se han dedicado a la holganza, a la avaricia y a la pereza; no quieren casarse, o si lo hacen, no quieren tener hijos.” Así, sobre aquellas tierras despobladas se lanzaban más y más eslavos, de tal suerte que en la Edad Media se llamaba Slavia a Grecia y el griego actual resulta un eslavo helenizado. En el año 222 antes de Cristo vivían en la península italiana 22 millones de ha-

bitantes, y en el 350 después de Jesucristo tal cifra se reduce a cinco millones. Los ejemplos podrían multiplicarse, y a la vista de ellos no resulta extraño que pese cada día más en el mundo el fácil esquema mental que pone en relación el poderío de un pueblo con la consistencia de su material biológico.

En nuestros tiempos, el problema de la degeneración se ha agitado, en ocasiones, con increíble violencia y con resonancia extremada en todos los campos. La raza humana—se decía—degenera, aunque al sentar tal afirmación sólo se tuviera presente el espacio vital del llamado “hombre occidental”. Aumentan, forzosamente, el número de criminales, de psicópatas, de enfermos e inválidos. El psiquiatra Magnan pensó que las enfermedades e intoxicaciones producían como un tronco común degenerativo, que después se abría en opulentas ramas, que eran la locura, la criminalidad, la imbecilidad, etc. Efectivamente; si se hacen los recuentos de enfermedades hereditarias de un pueblo, la estadística resulta impresionante. El Alemania se calcula, y con cierta exactitud, que existen 200.000 oligofrénicos, 80.000 esquizofrénicos, 20.000 maníacodepresivos, 60.000 epilépticos, 600 con corea de Huntington, 400 con ceguera hereditaria, 8.000 con sordera hereditaria, 20.000 con malformaciones congénitas y 10.000 alcohólicos graves (1). En una Alemania de 65 millones de habitantes habría un millón de débiles mentales, 170.000 idiotas, 100.000 epilépticos, varios millones de psicópatas y seis millones de lisiados y deformes o “débiles somáticos”. En España estamos nosotros intentando un recuento de frecuencia de estos mismos grupos. Aplicando, de todas suertes, el cálculo de las cifras de población media obtenemos el siguiente resultado para una España de 20 millones de habitantes (2):

|                                 |         |
|---------------------------------|---------|
| Psicosis maníacodepresiva ..... | 88.000  |
| Epilepsia .....                 | 60.000  |
| Esquizofrenia .....             | 170.000 |
| Retrasados mentales .....       | 400.000 |

Téngase en cuenta que aquí sólo se toman en consideración graves enfermedades

(1) Como se ve, los grupos son los que entran en la ley de esterilización. Lenz había calculado, unos años antes, cifras más elevadas.

(2) Este cálculo sólo tiene valor como indicio de la magnitud del problema. El censo de 1940 arroja una cifra de 25.877.971 habitantes.

des hereditarias y que fuera de estas impresionantes cifras queda un numeroso ejército de medioenfermos que llevan consigo cargas hereditarias negativas, dispuestas a explotar a la primera conjunción conyugal favorable.

Prosigamos un poco más en la línea de los cálculos y pensemos lo que tan numeroso ejército cuesta de mantener. El Estado prusiano, según los datos de Schröder, gastaba anualmente antes de la guerra:

125 RM. para un alumno normal de las escuelas.

573 RM. para un retrasado.

950 RM. para un enfermo mental capaz de educación.

1.500 RM. para un alumno ciego o sordo.

El coste de manutención por día era de 6 RM. para un sordomudo.

6 RM. para un lisiado.

4,50 RM. para un enfermo mental.

3,50 RM. para un criminal.

En España hemos calculado que para mantener una asistencia psiquiátrica que sea semejante a la existente en otros países, se necesitan más de 90.000 camas. No es fácil hallar hoy un término medio de coste real; pero calculando sólo a 10 pesetas por cama, resulta una buena cantidad anual de millones destinada a estos menesteres (unos trescientos diez millones de pesetas), y con ello sólo tendríamos atendida la asistencia al enfermo que necesite de permanencia en un establecimiento, quedando fuera de este radio de acción otro contingente de enfermos no menos considerable.

¿Son o no impresionantes estas cifras?

Pues con ello no se hace más que defender la sociedad de una promiscuidad peligrosa con anormales. Pero, ¿hasta qué punto significa este aislamiento una lucha directa con la degeneración?

Tomados, por consiguiente, los hechos en este vuelo raso de unas cifras estadísticas y unos costes de manutención, no resulta extraño que se haya pensado, muchos años antes de 1933, en tomar medidas contra esta invasión corrosiva. Frente, pues, al puro criterio cuantitativo del aumento de población, se levantaba el de la selección.

La higiene racial nació de estas observaciones. El primero que habló de eugenesia fué Galton. Su pensamiento estribaba en

exaltar los "valores cívicos" (*civic worth*) y la eficacia cívica (*civic usefulness*) de un pueblo. La palabra "higiene racial" fué introducida en el mercado científico a fin del siglo pasado por Ploetz. Pero la palabra no tenía en sus escritos un puro valor antropológico. La raza comprendía para él algo más que un color de piel, un ángulo facial o una arquitectura ósea. Por eso hablaba de una *raza vital o biológica*, que comprendía no sólo la corriente hereditaria que transportaba la eterna continuidad de las familias y de los pueblos, sino de todo lo que en el curso de la vida se le agregaba por la acción del medio: "Una raza biológica—escribía en 1904—es un círculo de seres análogos, que tienen la misma ascendencia, que procrean una descendencia análoga y que por su propia semejanza reaccionan de idéntica forma a los influjos exteriores; así se sustituyen unos a otros cuando éstos son destructores y por su acción conjunta forman una corriente vital que se mantiene perenne." La raza vital, pues, no queda reducida a lo puro hereditario, sino a todo lo que sobre tal soporte puede asentar por la acción de la circunstancia, incluso los valores culturales.

Pero tal concepto de Ploetz, aunque fué él quien creó la expresión de "higiene racial", ha sufrido después una nueva contracción, y, en general, el concepto de raza se usa para definir la suma de caracteres hereditarios que aíslan y determinan un conjunto humano. Y la contracción en el uso de la palabra llega a tal extremo, que se habla de razas en casos en que no se trata más que de variedades muy próximas de tipos humanos. En el libro de Günther, por ejemplo, se habla de las razas nórdicas, alpina, dinárica y oriental como constitutivas de Europa. Claro es que la palabra raza no tiene aquí la misma extensión que cuando se dice, por ejemplo, que la humanidad está constituida por austrálicos, európidos, négridos y mongólicos (Fischer).

En el "racismo" se mezcla una concepción política con una teoría biológica. La teoría biológica afirma que la especie humana ha degenerado por el estado de *domesticidad* en que vive el hombre desde los tiempos del *Sinanthropus pekinensis*. Tal estado ha creado una serie de mutaciones desfavorables, las cuales se hallan acrecentadas en los cruzamientos entre razas muy dispares por *desarmonía genética*.

Pero aquí no podemos enfrentarnos con problema tan extenso cuando hay otras ta-

reas urgentes que nos asaltan. Basta pensar en los ingredientes ideológicos puros que poseen tales concepciones biológicas, para que nosotros examinemos, partiendo de nuestra auténtica idea de la vida como españoles, cómo podemos vadear estas cuestiones.

Para ello es necesario que partamos de postulados más concretos.

La eugenesia cualitativa y selectiva, al viejo modo de Galton, exige indómitamente el aumento en la procreación de los estratos sociales de gran valor biológico y la esterilidad de los estratos inferiores. Pero ante esta exigencia teórica examinemos lo que sucede en la realidad. Entonces nos encontramos con el siguiente hecho alarmante: estadísticamente resultan más fecundas las familias con minusvalía biológica. La fecundidad de los diversos grupos sociales es la siguiente:

|  |     |                   |
|--|-----|-------------------|
| Criminales .....                       | 4,9 | hijos por familia |
| Delincuentes (de varios delitos) ..... | 4,4 | íd. íd. íd.       |
| Padres de niños retrasados .....       | 3,5 | íd. íd. íd.       |
| Familias normales.....                 | 2,2 | íd. íd. íd.       |
| Familias elevadas .....                | 1,9 | íd. íd. íd.       |

Es decir, en las familias de elevada posición se halla prácticamente instaurado el sistema que podríamos llamar bifilial: dos hijos por matrimonio. En cambio, toda la infraestructura social crece tan audazmente, que amenaza con ahogar entre los brazos de su fecundidad a las estirpes valiosas.

De otras investigaciones estadísticas podríamos extraer resultados análogos. En el año 1911 halló Pearson en Inglaterra que en las profesiones académicas los matrimonios se contentaban con un hijo y que los trabajadores no calificados tenían 4,83 hijos. Burgdörfer en 1926, en una encuesta realizada en Prusia, encontró que las clases elevadas (oficiales, altos empleados, profesiones liberales) tenían dos hijos por familia, y los trabajadores del campo y jornaleros, 5,2. Y junto a éstos podríamos colocar otra ringlera de datos de idéntico sentido.

En estas cifras resultan envueltos dos problemas de una extraordinaria importancia. Uno es el de saber si los enfermos y asociales son más fecundos que las personas normales. Otro, el de dirimir si las estirpes mejores son, en cambio, menos prolíficas.

El primero tiene, desde el punto de vista biológico, un valor destacadísimo. Pero en contra de afirmaciones gratuitas, a estas

horas puede darse por demostrado que la mayoría de los enfermos mentales son menos fecundos que los sanos. Sólo los psicóticos maniaco-depresivos se propagan con la misma intensidad, y precisamente esta psicosis es la que plantea siempre más delicados problemas de conciencia a un higienista racial, aunque se mueva por fuera de los dictados de la "Casti Connubii". La dificultad deriva de que en general las estirpes de maniaco-depresivos tienen un manifiesto valor social. Goethe mismo procedía, con toda probabilidad, de una de ellas. Los esquizofrénicos son menos fecundos que la población media, porque por su propio carácter morboso anterior al comienzo de la enfermedad se casan menos. Y también los epilépticos se reproducen menos, porque enferman precozmente y tienen una muerte más precoz que la población media y la propia enfermedad les crea dificultades matrimoniales. La gráfica a continuación, tomada de Essen-Möller, expresa con toda claridad estos fenómenos (fig. 1.<sup>a</sup>).

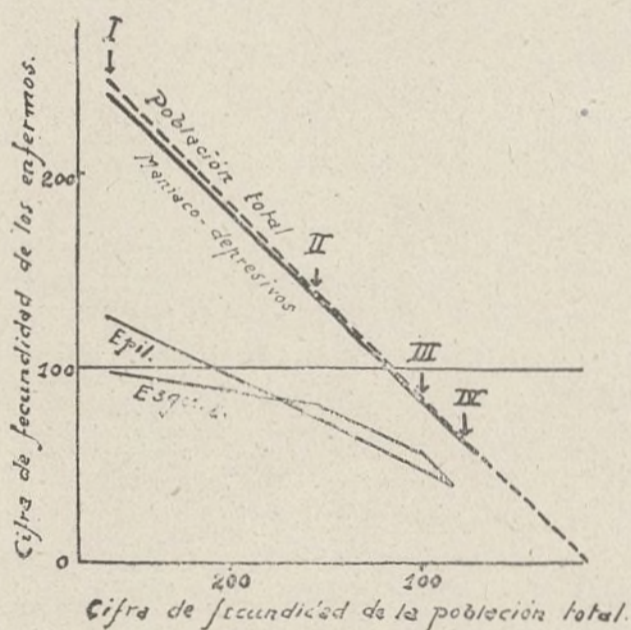


Fig. 1

Cifras de fecundidad de maniaco-depresivos, epilépticos y esquizofrénicos según Essen-Möller.

No queda más que un grupo en litigio: el de los oligofrénicos. Hasta casi el año pasado podríamos decir, los autores pensaban unánimemente que así ocurría y sobre este hecho montaban un nuevo refuerzo a la tesis de la degeneración de la especie humana. Los recientes estudios de Juda han quebrantado la firmeza de tales observaciones. Hallando la fecundidad corregida de oligofrénicos y normales, nos encontramos con pareja cifra,

FECUNDIDAD DE OLIGOFRENICOS Y NORMALES

|                     | Fecundidad bruta<br>(Calculada por el número de nacimientos) |                 | Fecundidad neta<br>(Calculada por los que alcanzan más de cinco años) |
|---------------------|--|-----------------|---|
|                     | Hijos en total   | Hijos legítimos |   |
| Oligofrénicos ..... | 3,9  | 3,3             | 2,5   |
| Normales .....      | 3  | 2,9             | 2,3   |

Por las cifras del cuadro anterior se comprueba que los oligofrénicos no se propagan en mayor cuantía que los normales. Existe un incremento imperceptible de la fecundidad en bruto, pero éste se halla compensado por una mayor mortalidad infantil, la cual alcanza entre los anormales al 34,5 por 100, frente al 23,2 por 100 que es la cifra obtenida en el grupo normal.

Tampoco la fecundidad neta de hermanos, sobrinos y de los hijos de los oligofrénicos es mayor que la de los correspondientes parientes en la población normal.

FECUNDIDAD NETA DE HERMANOS, SOBRINOS E HIJOS DE OLIGOFRENICOS Y DE NORMALES

|                     | Hermanos | Hijos | Sobrinos |
|---------------------|----------|-------|----------|
| Oligofrénicos ..... | 2,5      | 0,4   | 0,7      |
| Normales .....      | 2,3      | 0,3   | 0,6      |

En definitiva, pues, sólo un error de cálculo ha podido hacer creer en la supremacía biológica, desde el punto de vista de la fecundidad, de los enfermos mentales y en especial de los oligofrénicos. Además, aun en el caso de existir el supuesto incremento, no sería éste imputable a puras causas biológicas. Así, vemos cómo de entre los niños retrasados, educados en la gran ciudad, sale un gran ejército de jóvenes que vive en medios extraños, en los cuales las continuas incitaciones sexuales, la facilidad para satisfacerlas y el relajamiento de los frenos morales constituyen medios extrabiológicos de incremento de fecundidad.

Enfilemos ahora el otro problema: ¿se reproducen los estratos elevados con menos intensidad que el hombre normal? ¿Es más estéril el aristócrata que el plebeyo, o el profesor que el analfabeto? Así es, en efecto. Pero aquí no son los factores biológicos los que presiden el curso de los fenó-

menos. Al contrario: fracasan en este punto todas las concepciones materialistas de la estructura social y de la política demográfica. Como una hosca y dura cantinela hemos oído decir que el malestar económico era la causa de la reducción de la natalidad. Y vemos, sin embargo, que no es así y que precisamente las gentes con bienestar son más estériles.

Y es que la clave del fenómeno hay que buscarla en otro campo. En esta pobre procreación de los seres minoritarios no intervienen causas, sino motivos. Causa es relación natural; motivo es relación psíquica. Como motivos tenemos: el deseo egoísta del placer, el cariño demasiado alambicado por los hijos ya existentes, el sentimiento de responsabilidad individual por el porvenir económico de la descendencia, el miedo a la disgregación de los bienes de fortuna, el cuidado corporal de la mujer que se transforma en "dama", el incremento de las concupiscencias vitales frente a las necesidades vitales, el deseo de mantener el mismo nivel de vida, etc.

Todas estas causas no son más que facetas de un mismo poliedro: la vida del instinto sexual. ¿Es que el instinto sexual se mantiene lo mismo en las diversas épocas históricas? ¿No influye en él la altura de los tiempos? Naturalmente que sí. La vida griega, con aquella coparticipación de las heteras; la imagen de la vida romana que entrevé el visitante de Pompeya a través de aquellas—hoy obscenas—figuras que ornan viviendas, mil detalles de la historia, en fin, nos lo demuestran. Es decir, una fuerza biológica elemental, la más elemental, quizás, de todas, se halla sometida a variaciones históricas. Historia es vida humana en tanto en cuanto el hombre es espíritu. En suma, pues, *el instinto sexual se halla a merced del espíritu.*

La fecundidad del hombre pulula en estrecha dependencia con su concepción del mundo, o, por decirlo de un modo más español, con su idea de la vida. ¿Cómo ha llegado la familia moderna a convertirse en víctima de esta maldición de la esterilidad? Examinémoslo.

Es tesis corriente y posiblemente cierta que el poderío del mundo capitalista ha creado nuevos espacios vitales al hombre y ha permitido el incremento de su población. Los que exaltan—en contra del malthusianismo—la fecundidad ilimitada, parten de la firme convicción de que el hombre es capaz de crear su propio mundo, sus

propios medios de vida. Climas inhóspitos, infecciones virulentas, tierras ásperas y secas son, más que obstáculos, incentivos. Y en la gloriosa conquista de la tierra pobre e inhospitalaria y para ponerla al servicio del hombre, cifra el hombre fáustico y occidental su mayor timbre de gloria. Precisamente el gran error de Malthus consistió en desconocer que si bien la población crece en progresión geométrica, pueden aumentarse los bienes en mayor cuantía, aun concediendo que éstos sólo se incrementen en proporción aritmética, con tal de que haya la suficiente diferencia entre las razones de ambas proporciones. El hecho cierto es que, por ejemplo, en el siglo XIX el *aumento de los bienes ha sido mucho mayor que el de la población*, según puede verse en el adjunto gráfico de Oestereich (fig. 2.<sup>a</sup>).

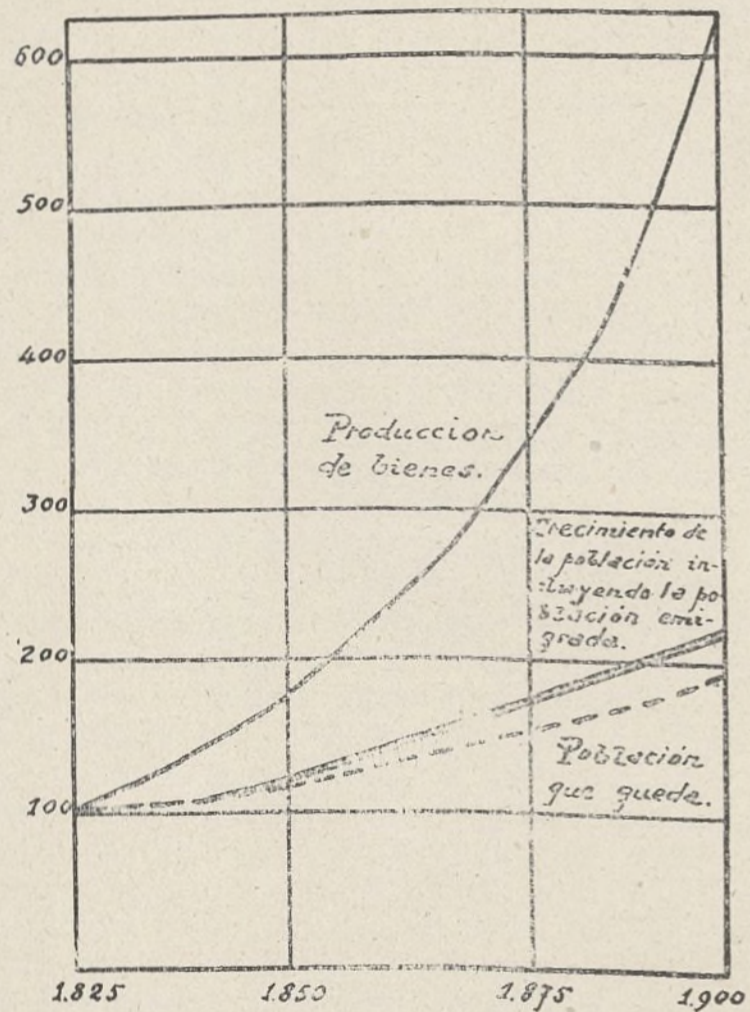


Fig. 2.<sup>a</sup>

Pero todo ello se hace en virtud de una idea del mundo que procede del protestantismo y más concretamente del calvinismo. El católico se siente ligado a un fin ultraterreno que ha de conquistar activamente. El protestante calvinista se sabe ya destinado y calificado para la otra vida. No necesita allegar méritos. No necesita gloriosa ejecu-

toria espiritual. Todo está más acá de los confines del mundo. Hundido en este mundo terreno, apetece con ansia singular y perseverante sus bienes, porque además piensa que el éxito terreno es la señal de su predestinación. Su vida ya no es el camino y el destierro, el "muero porque no muero" del católico, sino su profesión y, por ende, su éxito profesional, y éste depende de su actitud interna, de su voluntad, de su capacidad de decisión y conquista.

Los historiadores de la economía han demostrado con singular perspicacia el anclaje psicológico del mundo capitalista en esta actitud religiosa del hombre calvinista con fines cismundanos. ¿Y cuál es la actitud que él toma ante el matrimonio? En el matrimonio ve unas veces un medio para su perfección mundana en la camaradería con la esposa; otras, la satisfacción del amor, e incluso las ventajas de formar una sociedad económica. Lo que no ve, lo que no siente, mejor dicho, es el imperativo de procrear. Al contrario, éste se halla desligado del imperativo erótico. Los hijos, una vez engendrados, imponen ya unos deberes que, como son cismundanos, los siente con mayor viveza que el mandamiento divino de "creced y multiplicaos". Cuida de que sus hijos tengan buena y crecida parte en los bienes de esta tierra, de asegurarles un brillante porvenir. La gracia de Dios no es fuerza activa para ellos en este mundo. El mórbido geometrismo, la racionalización atenzadora que preside el mundo actual también aquí se manifiesta. Y de la misma suerte que en el plan de la cultura el hombre moderno se angustia aun en posesión de todo el espacio cósmico, también el instinto se siente estrechado, circundado, inhibido por esta actitud. Muere este mundo occidental, por brillante y seductor que nos aparezca en la dura transición en que lo navegamos, de su propio mal. La sociedad occidental traía en su más recóndita medula la causa de su decadencia. Pero decae y se esteriliza precisamente por error en su idea de la vida.

En otros confines no sucede así. El pueblo chino, por ejemplo, tan atrasado en lo material, corroido por tanto vicio y tanto tóxico, mantiene su frescor vital y, sobre todo, una envidiable perennidad; por eso precisamente, porque allí, en virtud de su propia concepción de la vida, las elevadas estirpes se reproducen más que las inferiores. En Europa, en cambio, el socialista Grothjann dice: "El estado actual, en vir-

tud del cual los círculos superiores de la sociedad no se nutren de su propia fecundidad, sino por la ascensión de los inferiores, conducirá seguramente en el curso del tiempo a un empobrecimiento completo de la nación en hombres aptos, dotados y enérgicos".

La historia no la hacen las masas. Los hombres excepcionales, y sobre todo "los mejores", son su *dramatis personae*, que despliegan su acción ante el coro de la multitud. Y en este mundo que se va, quizás más de prisa de lo que tolera nuestra comodidad, se hablaba demasiado de la irrupción de las masas. Sí, las masas irrumpían porque los mejores desertaban.

Se inició en algunas partes un ataque de envergadura contra esta peligrosa paradoja del instinto. De un lado, medidas eugénicas negativas, que culminan en las leyes de esterilización de psicópatas y deformes; por otro lado, medidas eugénicas positi-

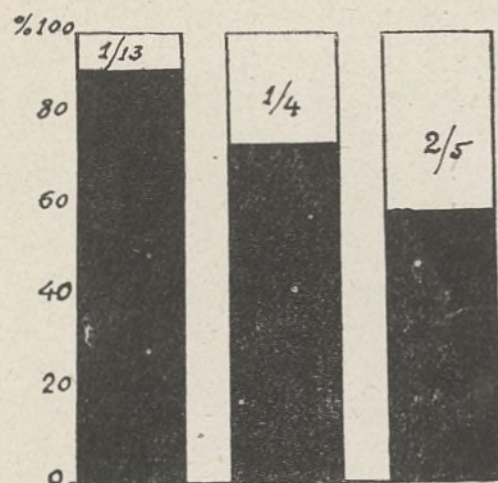


Fig. 3.

Representación gráfica (espacio blanco) de la cantidad de descendencia de enfermos que podría ser eliminada por una esterilización sistemática.

vas, que fomentan la presencia de los valores biológicos deseables.

Lo que den de sí las medidas negativas es pronto para ser juzgado con puro criterio natural. El tema es muy extenso y no puede aquí ser mostrado y analizado como sería mi deseo. A él he dedicado horas de meditación, lecturas no escasas y sobre él tengo trabajos en curso. Según mi juicio, no resultan apenas eficaces. Essen-Möller ha hecho un cálculo que juzgo interesante reproducir aquí. Aplicando la ley de esterilización tal como se halla redactada—y como realmente puede hacerse—se esterili-

zan los hombres ya enfermos. Pero éstos ya pueden tener hijos cuando explota la enfermedad, que seguirá transmitiendo los genes morbosos. Tan es así, que por la ley de esterilización sólo se eliminan  $1/13$  de los hijos de maníacodepresivos,  $1/4$  de los de esquizofrénicos y  $3/5$  de los epilépticos. O de otro modo, que un maníacodepresivo esterilizado ha dejado ya en el mundo 12 de los 13 hijos que pudiera tener; un esquizofrénico, 3 de los cuatro; un epiléptico, 3 de los 5. Como puede verse, la eliminación no es demasiado cuantiosa (fig. 3.<sup>a</sup>). Aun se reduce en su cuantía si se piensa que no todos los enfermos pueden ser descubiertos. Si se calcula la velocidad de desaparición de la enfermedad, se obtiene, por ejemplo, para la esquizofrenia (1) lo siguiente: para obtener una reducción a la

(1) Supuesto, para facilidad del cálculo, que se trata de un gen monohíbrido-recesivo.

mitad aplicando la ley de esterilización se necesitan nueve generaciones, es decir, 300 años. Ahora bien, por la menor fecundidad de los enfermos, supuesto un número de nacimientos progresivos en 6 ó 7 generaciones, se logra el mismo decremento, en tanto que en un número de nacimientos en disminución se tardaría 13 ó 14 generaciones (fig. 4.<sup>a</sup>).

He aquí un hecho de trascendencia insospechada: para lograr el mejoramiento cualitativo se necesita el aumento cuantitativo. A la calidad por la cantidad. La salvación de los mejores está más que en la esterilización de los indeseables biológicos, que ya está sometida a una extirpación natural, en que el hombre vuelva a vivir la unión conyugal a la buena y vieja manera, la fecundidad como una bendición de Dios.

Las medidas eugenésicas positivas en los Estados jóvenes tienden a este aumento. La curva de nacimientos en Alemania ha cam-

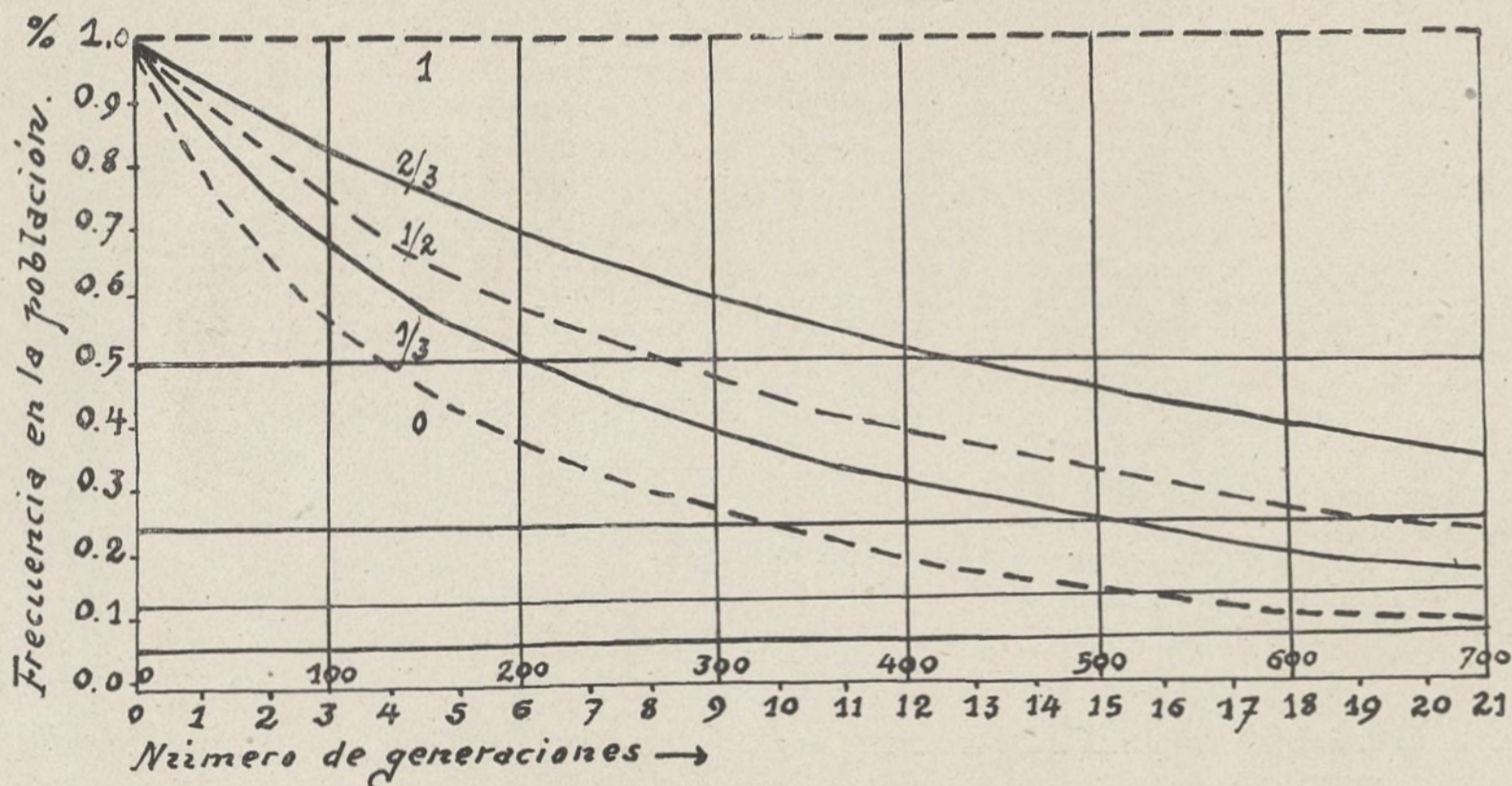


Fig. 4

Representación gráfica de la rapidez de desaparición de las enfermedades mentales en el curso de las generaciones.

La línea 0 indica la desaparición de la enfermedad en el caso de que los enfermos no se reprodujesen.  
 La línea 1 indica el mantenimiento del mismo nivel en el caso de que los enfermos se reproduzcan igualmente que los sanos.  
 La línea  $1/3$  indica la eugenesia espontánea si los enfermos se reproducen naturalmente, como  $1/3$  de los normales.  
 La línea  $2/3$  indica la desaparición si se reproducen como  $2/3$  de los normales, lo cual está determinado por la disminución de la natalidad en estos últimos.  
 La línea  $1/2$  representa la desaparición de la esquizofrenia aplicando la ley de esterilización. Como se ve, lo más eficaz consiste en fomentar la natalidad normal.

biado de signo a partir del nacionalsocialismo (1). Las medidas son bien conocidas: protección a la familia numerosa, subsidio familiar, salario familiar, premios de nupcialidad y de natalidad, asentamientos, etcétera. Pero, a fuer de sinceros y exactos, precisamente por vivamente apasionados por estos problemas, hemos de decir: estas medidas son muy relativas. Lo que con ello se consigue es una parva parte (2). Hasta tal punto es así, que uno de los mejores higienistas raciales, Lenz, muy conocedor de estos problemas, ha propuesto otro sistema: la obligación de engendrar cuatro hijos. El Estado la impondrá con la misma coerción con que impone el servicio militar. Y aquel que no los cree pagará subsidiariamente por los hijos increados.

¿Qué demuestra esta propuesta? Que todas estas medidas se mantienen en la periferia del problema: flanquean el ataque, pero fallan en la acción principal. La primacía es del espíritu, y yo me inclino a creer que si en Alemania se ha torcido la curva ha sido en la medida en que lo ha logrado el mundo de ideas nacionalsocialista, su sentido de la vida y su exaltación de los valores biológicos.

(1) La distribución por edades, según el recuento de población de 1939, comparado con el del año 1933, da los siguientes resultados. Niños menores de seis años: aumento de 7,7 millones (ascenso de nacimientos desde 1933). Niños de seis a catorce años: descenso de 1,2 millones (curva descendente anterior a 1933). De catorce a sesenta y cinco años: aumento de 2,7 millones, a pesar de las lagunas de la guerra de 1914-1918, que se refiere a las edades de veinte a veinticuatro años y de cuarenta y cinco a sesenta años.

(2) El número de la población de solteros en 1934 representa sólo un 3 por 100 menos que en 1933 (Wirtschaft. u. Statist. 1940, 23).

España ocupa en éste como en tantos otros repliegues de la vida histórica una posición especial. Precisamente de esta singularidad del hombre español derivan tantas ventajas y desventajas. Se siente aquí como en parte alguna el ideal de la vida católica del hombre en dependencia de lo trascendente. Por esto, el hombre español sufre frente al mundo fáustico, gran capitalista y puritano, una gran desventaja terrena. En los mismos países de confesión mixta se ha observado que la población católica goza de menos bienestar material, pero es más prolífica. ¿Que nuestro poderío material es inferior al de tantos países ultrapiropios? ¿Para qué negarlo? Pero junto a esta posición desventajosa surgen las ventajas: el hombre español no siente la angustia espiritual del hombre fáustico. Hubo alguno entre nosotros que la sintió, Unamuno, y fué precisamente porque no supo disolverla en la gracia. Sólo la gracia disuelve la angustia. Nuestro poder material es menor, pero también son menores nuestros problemas de población. Y si ahora en la transguerra se ha incrementado el problema, ciertamente que no es sólo el azote material de la guerra el que lo ha agudizado. Ha sido su preparación—¡tiempos aquellos en los que se hablaba de libertad para amar!—, ha sido, en fin, aquella desnaturalización del espíritu español que se iba cerniendo tan vorazmente sobre nosotros en los últimos tiempos (1).

(1) Véase sobre el futuro desarrollo de la población española los trabajos de Ros Gimeno y Villar Salinas, en el núm. 1.º de la *Revista Internacional de Sociología*. En ellos se demuestra que las perspectivas pueden no ser demasiado halagüeñas.

**LABORATORIOS RIERA**

ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS

Consejo de Ciento, 389

BARCELONA

Teléfono 10580



